

Academia de Líderes Católicos

Santiago, 7 enero 2018

IV Diplomado Latinoamericano en Doctrina Social de la Iglesia

La mujer en la vida pública

La Virgen María y su singular vocación

+ Felipe Bacarreza Rodríguez

Obispo de Santa María de los Ángeles

En un Diplomado que tiene como tema: «Mujer en la vida pública» no puede faltar una conferencia sobre la que es proclamada «bendita entre las mujeres». Esta afirmación, que se refiere a la Virgen María, fue pronunciada a gran voz por su pariente Isabel, movida por el Espíritu Santo. Se repite millones de veces en el mundo católico, porque es parte del Ave María, que es sin duda, la oración más recitada por los fieles. En esta conferencia inaugural presentaremos a esa mujer, tomando como fuente el «manantial puro del texto evangélico» (RVM 24), sobre todo, los así llamados «Evangelios de la infancia» de Lucas y Mateo. Lo que contemplemos en ella debe iluminar la realidad de la mujer, su dignidad su propia misión en el mundo.

El misterio que supera todo conocimiento (cf. Ef 3,19) y que estuvo escondido desde siglos en Dios es el misterio del Verbo hecho carne, en el cual reside la plenitud de la divinidad corporalmente (cf. Col 2,9). Este es el misterio que da sentido, no sólo a la historia humana, sino también a toda la creación. Lo dice San Pablo: «Todo es de ustedes; pero ustedes son de Cristo y Cristo es de Dios» (1Cor 3,22-23). Si se quita a Cristo, todo cae. Así se entiende la sentencia de Jesús: «Separados de mí, ustedes no pueden hacer nada» (Jn 15,5). Es como decir: «Todo lo que hagan carece de sentido».

En esta conferencia contemplaremos el misterio de la Encarnación del Verbo desde el punto de vista de la Virgen María y también desde el punto de vista de San José, es decir, según la presentación que nos ofrecen respectivamente los Evangelios de Lucas y Mateo.

Este es el misterio que más une a Cristo con su Madre, porque Él se encarnó en el seno de ella; este es el misterio que contempla y celebra el famoso himno oriental «**Akáthistos**» y por el cual alaba incesantemente a la Virgen María, diciéndole: «¡Salve, Virgen y Esposa!». Ese himno comienza con este Proemio:

«Habiendo recibido misteriosamente
conocimiento del encargo,
se presentó el Ángel con premura en la tienda de José
y dijo a la Virgen:
“El que en su descenso inclinó los cielos,
se encierra inalterable en ti;
y yo contemplándolo en tu seno,
habiendo tomado Él la forma de esclavo,
asombrado, te grito:
¡Salve, Virgen y Esposa!”».

No bastándole la sobriedad del texto evangélico, el himno pone en boca del ángel Gabriel una serie de alabanzas. No resistimos a la tentación de transcribir la primera estación:

«El Ángel principal fue enviado desde el cielo
para decir a la Madre de Dios el "Salve"
y, viendote a ti, Señor, encarnado,
asombrado y fuera de sí,
con su voz angélica le gritaba a ella así:

Salve, por ti la alegría brillará;
salve, por ti la maldición cesará.
Salve, rehabilitación del caído Adán;
salve, redención de las lágrimas de Eva.
Salve, altura inaccesible a los razonamientos humanos;
salve, profundidad inescrutable incluso a los ojos de los
Ángeles.

Salve, porque eres el trono del Rey;
salve, porque llevas en tu seno a Aquel que todo sostiene.
Salve, astro que muestras al Sol;

salve, vientre de la Encarnación divina.
Salve, por ti se renueva la creación;
salve, por ti se hace niño el Creador.
¡Salve, Virgen y Esposa!».

Al leer esas expresiones de alabanza a la Virgen María, y teniendo presente muchas otras que el pueblo cristiano le ha tributado a lo largo de los siglos, podemos imaginar por un momento, cuánto quedaría disminuida la dignidad de la mujer, si no fuera parte de la historia humana la Virgen María. Por eso, esta conferencia introductoria a este Diplomado sobre la mujer se dedicará a mostrar su persona ante su singular vocación, tal como es presentada por los así llamados «Evangelios de la infancia» de Lucas y Mateo.

1. Premisas para la lectura de los «Evangelios de la infancia»

Haciendo, entonces, una lectura atenta del texto evangélico, examinaremos la situación de María en el momento en que recibió el anuncio del ángel y concibió en su seno al Hijo de Dios. Pero, antes, fijaremos antes algunas premisas que tendremos en cuenta al hacer esa lectura.

Una **primera premisa** es el principio formulado por la Constitución Dogmática del Concilio Vaticano II sobre la divina revelación “Dei Verbum”:

“Puesto que Dios habló en la Sagrada Escritura por medio de hombres con el modo de hablar de los hombres, para que el intérprete de las Sagradas Escrituras comprenda lo que Dios quiso comunicarnos, debe investigar atentamente **lo que los hagiógrafos intentaban significar** y lo que Dios quería manifestar con las palabras de ellos” (DV 12,1).

Dios habló en la Sagrada Escritura y, sobre todo, en el núcleo de ellas: los Evangelios. Pero lo hizo a través de hombres: Marcos, Mateo, Lucas y Juan. Para comprender lo que Dios nos quiso comunicar hay un paso obligado: debemos investigar atentamente lo que el autor humano, es decir, cada uno de los evangelistas, intentaban significar. Los evangelistas intentaban

significar algo y la captación de esto es ineludible, si queremos llegar a comprender lo que Dios quería manifestar. Puede ocurrir que Dios quiera manifestar algo más que lo que el escritor sagrado intente significar, como es claro en los escritos de los grandes profetas del Antiguo Testamento. Podemos indicar como ejemplo más elocuente la sentencia de Dios a la serpiente después del pecado original, que con razón se llama el Protoevangelio: “Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya; ella te pisoteará la cabeza...” (Gen 3,15); o los cantos del Siervo doliente del Deutero Isaías (Is 42,1-9; 49,1-6; 50,4-11; 52,13-53,12). Estos textos tienen un sentido pleno que supera lo que los autores intentaron significar; pero ese sentido pleno del texto, que es lo que Dios quiere revelar, no puede ser obtenido si no se tiene en cuenta el sentido intentado por el autor humano. En esta exposición intentaremos obtener el sentido intentado por Mateo y Lucas cuando nos relatan la concepción de Jesús en el seno de la Virgen María.

Una **segunda premisa** que debemos tener presente es la relación que ha establecido la ciencia bíblica entre los tres Evangelios Sinópticos. La conclusión más aceptable a la que se ha llegado es que el Evangelio de Marcos sirvió como fuente a los de Mateo y Lucas y que estos dos evangelistas, en cambio, **escribieron sus respectivos Evangelios de forma independiente**. Debemos tener entonces presente que Mateo escribió su Evangelio sin conocer el de Lucas; y que Lucas escribió su Evangelio sin conocer el de Mateo. Esta conclusión es especialmente evidente en los así llamados «Evangelios de la infancia», que son los que nos ocuparán en esta exposición. En esos relatos los Evangelios de Mateo y Lucas no coinciden en nada, salvo que Jesús fue concebido por obra del Espíritu Santo en el seno virginal de María, que nació en Belén de Judá y que María estaba casada con José que es de la descendencia de David. Son relatos independientes y si queremos obtener lo que su respectivo autor –Mateo y Lucas– intentaron significar, no se debe traspasar información de uno a otro, ni proyectar sobre ellos una visión preconcebida.

En los relatos sobre la infancia de Jesús los evangelistas Mateo y Lucas no contaron con la fuente común Marcos ni con la fuente común hipotética Q, que son las que explican las semejanzas entre esos dos Evangelios. Marcos no tiene un Evangelio de la infancia; y la fuente Q, en la medida que se puede reconstruir, sería prevalentemente una colección de dichos de Jesús.

Debemos afirmar, entonces, que tanto Lucas como Mateo, cada uno por su lado, intentaron escribir **un Evangelio de la infancia que fuera completo en sí mismo**. Y así hay que interpretarlos.

Una **tercera premisa** que tendremos presente, como clave de lectura es que ambos «Evangelios de la infancia» **son relatos de vocación**. Lucas nos relata la vocación de María y la excelsa misión que Dios le encomendó a ella; Mateo nos relata la vocación de José y la misión que Dios le encomendó a él. Como es claro, la misión de cada uno de ellos está íntimamente vinculada con la del otro: la misión de María con la de José y la de José con la de María. No puede ser de otra manera, porque ellos son verdaderos esposos.

2. María es el más grande de los personajes bíblicos

Si examinamos la vida de los personajes bíblicos que han tenido un rol decisivo en la Historia de la Salvación, veremos que en cada uno de ellos el momento de su vocación fue el momento fundamental y fundante de su misión. Este es el caso de Abraham, Moisés, Samuel, Elías, Isaías, Jeremías en el Antiguo Testamento. Pero lo mismo se verifica en el caso de los apóstoles y de San Pablo en el Nuevo Testamento y también en San Juan Bautista que está en el umbral entre los dos Testamentos. Toda la vida de estos personajes fue un desenvolvimiento del llamado que Dios les dirigió y de la misión que les encomendó en el momento de su vocación. Por eso en todos ellos su vida entera fue respuesta a una vocación.

Pero sin duda el más grande de los personajes bíblicos y el que tuvo el rol más decisivo en la salvación del género humano –aparte del Salvador mismo, nuestro Señor Jesucristo– es la Madre del Salvador: la Virgen María. Por su altísima vocación y misión, ella es «bendita entre todas las mujeres»; y también «entre todos los hombres», aparte de Jesucristo su Hijo. Cuando su pariente Isabel la llama «bendita entre las mujeres», se refiere a la cadena de grandes mujeres del Antiguo Testamento que tuvieron un rol decisivo en la historia de la salvación: Eva, Sara, Rebeca, Raquel, Débora, Rut, Judit, Ester, etc. Pero es bendita también entre todas las mujeres que aparecen siguiendo a Jesús en el Evangelio: María

Magdalena, Juana, Susana, Marta y María, etc. Finalmente es «bendita entre todas las mujeres» en absoluto, incluso entre las que han tenido más figuración en la vida pública como jefes de naciones.

Para examinar su vocación nos detendremos en las palabras que le dirige el ángel Gabriel en el momento de la Anunciación:

Lc 1,30-33

El ángel le dijo: «No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios; concebirás en el seno y darás a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. El será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre...».

3. Presentación de María

¿Quién es **el Ángel** que habla y quién es María a quien él se dirige? Ambos personajes han sido presentados por el evangelista San Lucas en la introducción del relato de la Anunciación, donde está incluido el texto que estamos analizando:

«Al sexto mes fue enviado por Dios **el Ángel Gabriel** a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre de la casa de David, llamado José: el nombre de la virgen era María» (Lc 1,26-27).

El Ángel es entonces Gabriel, el mismo que había sido enviado seis meses antes a Zacarías –por eso dice «**al sexto mes**»– y le había anunciado el nacimiento de su hijo Juan. En esa ocasión el ángel se había presentado así: «Yo soy Gabriel, el que está delante de Dios, y he sido enviado para hablarte y anunciarte esta buena noticia (evangelizarte esto)» (Lc 1,19). La buena noticia consistía en que Isabel, su mujer, daría a luz un hijo –Juan Bautista–, no obstante ser estéril y de edad avanzada. El mismo ángel anuncia ahora a María una buena noticia mucho mayor, ¡la «**Buena Noticia**» (el Evangelio)!: consiste no sólo en que ella concebirá en su seno

y dará a luz un hijo, sino sobre todo en la identidad de ese hijo. En este anuncio está el núcleo del Evangelio.

¿Quién es **María**, a quien el ángel habla? María es una joven de Nazaret, una pequeña ciudad de Galilea. Ella está descrita por dos condiciones: «virgen» y «desposada». Después se repite sólo la primera de ellas: «El nombre de la virgen era María».

Sabemos lo que expresa el término «virgen». Pero ¿qué significa «**desposada**»? Hemos adoptado provisoriamente la traducción de la Biblia de Jerusalén. La palabra griega que aquí se traduce por «desposada» suena en griego «**emnestueméne**». Es el participio femenino del tiempo perfecto en la voz pasiva del verbo «**mnestéuo**». La acepción primera de este verbo en la voz activa es «cortejar, conquistar»; pero también significa «esposar, contraer matrimonio». En la voz pasiva (siempre femenina) significa «ser cortejada, ser esposada». El participio perfecto indica una condición estable: «esposada, casada». Y, usado como sustantivo, simplemente «esposa».

Pero dejemos de lado lo que dicen los diccionarios y estudiemos el sentido de este verbo sin salir del Nuevo Testamento y, más aun, sin salir del uso que le da el mismo Lucas.

Este verbo aparece tres veces en todo el Nuevo Testamento, las tres veces en los Evangelios de la infancia (Lc 1,27; 2,5; Mt 1,18); y siempre para referirse a María en su relación con José. El primero de estos textos (Lc 1,27) es el que hemos citado. Corresponde a la situación de María en el momento de la anunciación del Ángel Gabriel. Veamos los otros dos.

Lc 2,5: «Iban todos a empadronarse, cada uno a su ciudad. Subió también José desde Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David que se llama Belén, por ser él de la casa y familia de David, para empadronarse, con María, **su esposa**, que estaba encinta».

En este texto de Lucas María es descrita con una sola condición: «esposa». Es la traducción de la Biblia de Jerusalén. Pero la palabra griega que aquí se ha traducido por «esposa» es la misma «**emnesteuméne**», idéntica a la

que en el relato de la anunciación se ha traducido por «desposada» (Lc 1,27). Si hemos de ser consistentes, en la traducción de Lc 1,27 debería decir: «El Ángel Gabriel fue enviado a una virgen **esposa** de un hombre llamado José, de la casa de David». Sin registrar ningún cambio en la relación entre ellos, Lucas nos dice que, con ocasión del censo decretado por César Augusto, José fue a empadronarse «con María, su esposa, que estaba encinta». Y es obvio que en este momento ambos, como esposos y futuros padres del niño que estaba por nacer, vivían juntos. En efecto, el Evangelio dice: «Y sucedió que mientras ellos estaban allí, se le cumplieron los días del parto, y dio a luz a su hijo» (Lc 2,6-7a). La razón del viaje a Belén es porque ese es el lugar de la familia a la cual pertenece José: la casa de David.

Repitámoslo: Lucas no establece ninguna diferencia en la relación de María con José entre el momento de la anunciación y el momento del nacimiento de Jesús. En ambos casos la relación entre ellos es descrita por la misma forma verbal predicada de María: «emnesteuméne». La diferencia de traducción desposada-esposa obedece a influencias externas; está pesando el relato de Mateo, con el cual se trata de concordar. Según el relato de Mateo, en el momento de la concepción de Jesús José aún no ha llevado a María, su esposa, a vivir con él. Pero nosotros hemos establecido la premisa de que ambos relatos deben leerse independientemente. Debemos concluir que lo que Lucas intenta significar es que en el momento de la anunciación María ya está verdaderamente casada con José y viven juntos tal como ocurre cuando suben a Belén a empadronarse.

En el momento de la anunciación María es entonces presentada como «virgen esposa de José». Aquí adquiere más relieve la condición «virgen», que por eso se repite. María es una **esposa virgen**. Consecuentemente, también José es un esposo virgen.

Estando María casada con José, el hijo que se le anuncia, es también hijo de José. Pero José es destacado por su origen: él es de la casa de David (cf. Lc 2,5). José puede ser llamado «hijo de David». Y el hijo de José también tendrá ese título. Más aun, este niño, por la circunstancia del empadronamiento ordenado por César Augusto, nacerá en Belén, la ciudad de David, tal como estaba anunciado en los profetas (cf. Miq 5,2; 1Sam 16,1; 17,12; Rut 4,11). Por eso el Ángel refiriéndose al hijo que dará

a luz María dice que David es su padre: «El Señor Dios le dará el trono de David, su padre». El niño que nacerá de María será «hijo de David» por vía de José. Esto lo confirma Lucas, cuando da la genealogía de Jesús: «Tenía **Jesús**, al comenzar, unos treinta años, y era, **según se creía, hijo de José, hijo de Helí... hijo de Natán, hijo de David...**» (Lc 3,23.31).

El tercer texto en que aparece el verbo griego «mnestéuo» está en Mateo.

Mt 1,18: «La génesis (el origen) de Jesucristo fue de esta manera: su madre, María era **esposa** de José y, antes de empezar a vivir juntos ellos, se encontró encinta por obra del Espíritu Santo».

Aquí se traduce por «esposa» la palabra griega «**mneusteuthéisa**» que es el participio femenino del tiempo aoristo en voz pasiva del mismo verbo «mnestéuo». El evangelista San Mateo precisa que, en el momento de la concepción de Jesús en el seno de María, ella era «esposa» de José, pero –nos informa– aún no vivían juntos. Como ya hemos dicho, no conviene proyectar esta información sobre el Evangelio de Lucas, que no especifica nada sobre esto. **Para obtener lo que Lucas intenta significar debemos mantenernos dentro de su Evangelio, sin dejarnos influir por información recibida de otras fuentes de las cuales él no dispuso.**

4. Propósito de virginidad de María

Lucas quiso escribir un Evangelio que fuera en sí completo. Así lo declara en el prólogo de su obra: «Después de haber estudiado todo diligentemente desde los orígenes, he decidido escribirtelo por su orden, ilustre Teófilo» (Lc 1,3). Lucas no conoció el Evangelio de Mateo. Por tanto, para entender lo que Lucas quiso significar –paso necesario si queremos conocer lo que Dios quiere comunicarnos–, debemos leer su Evangelio sin proyectar sobre él lo que dice Mateo.

Según el Evangelio de Lucas en el momento en que María recibe el anuncio del ángel **es esposa de José**. El evangelista no considera relevante aclarar si vivían juntos o no; sencillamente no toca este punto. De la simple lectura se debe concluir que María, como toda mujer casada, vive con su esposo.

Pero lo que Lucas sí recalca es que ella es virgen. Es esposa y virgen. Esta combinación no se puede dar más que en el caso que la esposa tenga un propósito de virginidad, y que lo tenga también el esposo. Se debe concluir que María es virgen y que también José es virgen y que ambos tienen propósito de virginidad.

En ese tiempo dentro del judaísmo, al cual pertenecía María, era impensable que una mujer hiciera propósito de virginidad; y si lo hacía era difícil que lo pudiera mantener. En el Antiguo Testamento no hay precedentes. Se puede demostrar que en el Antiguo Testamento la virginidad era indeseada y que cuando alguien la vivía era motivo de oprobio.

La hija de Jefté, a quien su padre tuvo que sacrificar por cumplir un voto hecho imprudentemente, sólo pidió a su padre una cosa antes de morir: «Dejame dos meses para ir a vagar por las montañas y llorar con mis compañeras mi virginidad» (Jue 11,37). El texto aclara: «La joven no había conocido varón». Y agrega: «Se hizo costumbre en Israel: de año en año las hijas de Israel van a lamentarse cuatro días al año por la hija de Jefté, el galaadita» (Jue 11,40). No sabemos si esta costumbre se observaba entre las jóvenes en el tiempo de María. Pero es claro que ella conocía ese episodio en que la virginidad era algo no deseado. Cada vez que los profetas quieren indicar el grado mayor de oprobio sufrido por el pueblo de Israel, la llaman con el título de «virgen» (Jer 18,13; 31,21; Lam 1,15; 2,13; Joel 1,8). Leamos dos de estos textos:

«El Señor ha desechado a todos mis valientes
de en medio de mí.
Ha convocado un concejo contra mí
para acabar con mis jóvenes.
El Señor ha pisado en lagar
a la **virgen**, hija de Judá» (Lam 1,15).

«¿A quién te compararé? ¿A quién te asemejaré,
hija de Jerusalén?
¿Quién te podrá salvar y consolar,
virgen, hija de Sion?
Grande como el mar es tu quebranto:

¿quién te podrá curar?» (Lam 2,13).

Dada esta mentalidad, el único modo que tenía una mujer de vivir un propósito de virginidad era uniéndose en matrimonio con un hombre que tuviera el mismo propósito. Este es el caso de María. Por eso en el momento de la anunciación, no obstante estar casada con José, María es virgen, y tiene el propósito de permanecer virgen.

Después que el cristianismo comenzó a difundirse por el mundo comenzó a difundirse también el ideal cristiano de la virginidad, sobre todo, por el modo de vida de Jesús mismo. El autor del Apocalipsis, cuando ve a los ciento cuarenta y cuatro mil que están en el monte Sion junto al Cordero los presenta así: «Éstos son los que no se mancharon con mujeres, pues **son vírgenes**. Éstos siguen al Cordero a dondequiera que vaya» (Apoc 14,4). Se trataba del varón. Pero para la mujer era difícil abrazar este ideal. En ese tiempo no existían conventos ni comunidades de mujeres consagradas donde se pudiera garantizar la decisión de permanecer vírgenes. Para poder vivir el propósito de virginidad la mujer tenía que unirse en matrimonio con un hombre que tuviera el mismo propósito y ambos procurar seguir el ejemplo de María y José. Así podría entenderse un texto de San Pablo que, de lo contrario, permanecería oscuro:

«Si alguno teme faltar a la conveniencia respecto de su virgen, por estar en la flor de la edad y convenirle actuar en consecuencia, haga lo que quiera: no peca, casense. Pero el que ha tomado una firme decisión en su corazón y, sin presión alguna y en pleno uso de su libertad, está resuelto en su interior a respetar a su virgen, hará bien. Por tanto, el que se casa con su virgen, obra bien. Y el que no se casa, obra mejor» (1Cor 7,36-38).

El propósito de virginidad de María se ve confirmado por su declaración explícita. Cuando el ángel le dijo: «Concebirás en el seno y darás a luz», ella encuentra una dificultad: el mismo Dios que le manda este anuncio le inspira el propósito de virginidad. Por eso pregunta: «¿Cómo será esto puesto que no conozco varón?» (Lc 1,34). «Conocer varón» es una expresión idiomática frecuente en la Escritura que significa «tener relación sexual con varón» (Ya le hemos visto en el caso de la hija de Jefté). En una

mujer casada a la cual se le anuncia el nacimiento de un hijo no cabe esta objeción, a menos que tenga propósito de virginidad. Este es el caso de María. Su declaración «no conozco varón», en presente, quiere decir que ella no lo ha conocido en el pasado, no lo conoce en el presente y no lo conocerá en el futuro: no conoce varón nunca, es perpetuamente virgen. (Se usa el tiempo presente con este valor en expresiones como esta: «¿Cómo podría embriagarme, puesto que **no consumo** alcohol?». El que dice esto nunca consume alcohol).

A esto se agrega otra consideración. Hemos visto que en el momento de la anunciación María es **esposa de José**, del cual se dice una sola circunstancia: es **de la casa de David**. A esta esposa de José el Ángel Gabriel le anuncia que concebirá un Hijo, a quien «**el Señor Dios le dará el trono de David, su padre**». La objeción de María no puede entenderse sino como una declaración explícita de un propósito de virginidad, compartido por José.

El Evangelio no nos relata el momento en que María sintió el llamado a la virginidad. Pero podemos decir con certeza que ella tuvo todo su corazón y toda su vida entregada al Señor y a su plan de salvación. Esto es lo que significa el propósito de virginidad: significa un amor sumo, exclusivo y con corazón indiviso al Señor. San Pablo lo dice así: «... la mujer virgen se preocupa de las cosas del Señor, de ser santa en el cuerpo y en el espíritu» (1Cor 7,34). **La primera mujer que vivió este ideal de la virginidad como una vocación explícitamente abrazada fue la Virgen María.**

El ángel responde a la duda de María diciéndole: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer santo, será llamado Hijo de Dios» (Lc 1,35). A ella esta explicación le basta: ella sabe que el Espíritu Santo obró la creación y el orden del universo, que Él hace revivir a los muertos, que Él conduce la historia de la salvación: **Él puede obrar la concepción virginal del Hijo de Dios.**

Sobre la base del texto evangélico es entonces posible deducir que María tenía propósito de virginidad antes del anuncio del ángel y del nacimiento de su Hijo Jesús: ya era esposa y virgen. Con mayor razón, se debe afirmar que este propósito lo mantuvo después de ser la Madre de Dios. Esto es lo que profesa uno de los dogmas marianos: María es Virgen antes, durante y

perpetuamente después del parto en que dio a luz a su Hijo Jesucristo. **Es una conclusión que se obtiene de la misma Escritura, diríamos «de la sola Escritura»**, si queremos argumentar con nuestros hermanos evangélicos.

5. «Concebirás en el seno»

Después de saludar a María, el ángel le dijo: «Concebirás **en el seno** y darás a luz un hijo». Muchas versiones y leccionarios consideran que la expresión «concebirás en el seno (syllémpse en gastrí)» es redundante y la simplifican. El Leccionario en español actualmente en uso en Chile dice: «Concebirás y darás a luz un hijo» (20 diciembre, IV Domingo de Adviento, Inmaculada Concepción). Pero, aparte de modificar el texto original inspirado, que en este punto no tiene vacilación, esa versión revela falta de comprensión.

También en esta expresión, para captar qué es lo que Dios quiere revelar con esas palabras, debemos discernir qué es lo que Lucas quiere decir con esa aparente «redundancia». Lucas es un autor que cuida su estilo literario, sobre todo, cuando escribe sin depender de fuentes escritas precedentes, como es en este «Evangelio de la infancia», y no habría escrito esta expresión redundante sin una intención precisa. (Incluso cuando depende de una fuente escrita, como es el Evangelio de Marcos, Lucas mejora el estilo evitando las redundancias, p. ej. en Mc 1,32//Lc 4,40; Mc 1,35// Lc 4,42; Mc 1,42//Lc 5,13; Mc 2,25//Lc 6,3; Mc 3,26//Lc 11,18, etc.).

Mc 1,32: **Al atardecer, a la puesta del sol**, le trajeron todos los enfermos y endemoniados...

Lc 4,40: **A la puesta del sol**, todos cuantos tenían enfermos de diversas dolencias se los llevaban

Mc 1,35: **De madrugada, cuando todavía estaba muy oscuro**, se levantó, salió y fue a un lugar solitario

Lc 4,42: **Al hacerse de día** salió y se fue a un lugar solitario

Mc 1,42: Y al instante, **le desapareció la lepra y quedó limpio**.

Lc 5,13: Y al instante, **le desapareció la lepra**...

- Mc 2,25: *¿Nunca han leído ustedes lo que hizo David cuando tuvo necesidad, y él y los que le acompañaban sintieron hambre...?*
- Lc 6,3: *¿Ni siquiera han leído ustedes lo que hizo David, cuando sintió hambre él y los que le acompañaban...?*
- Mc 3,26: *Y si Satanás se ha alzado contra sí mismo y está dividido, no puede subsistir, pues ha llegado su fin.*
- Lc 11,18: *Si, pues, también Satanás está dividido contra sí mismo, ¿cómo va a subsistir su reino?*

Los casos en que Lucas, dependiendo del Evangelio de Marcos, corrige las redundancias se podrían multiplicar. Basten estos casos para demostrar que, si en la expresión «concebir en el seno» Lucas es redundante, es porque intenta significar algo preciso.

Por otro lado, estas palabras de la anunciación son particularmente importantes, porque se trata del mensaje transmitido por el Ángel de parte de Dios, y en ese mensaje se anuncia el núcleo del Evangelio, a saber, la Encarnación del Hijo de Dios y la salvación de todo el género humano. **Lo que Dios quiere decir a María al anunciarle por la voz del ángel que esta concepción será «en el seno» es que ella será toda interior, cerrada en su seno, sin intervención alguna de algo externo, es decir, sin intervención de varón.** En María se cumple lo que canta el esposo del Cantar de los Cantares: «Huerto eres cerrado, hermana mía, esposa, huerto cerrado, fuente sellada» (Cant 4,12). Los Padres de la Iglesia veían en la concepción virginal de María la realización de la profecía de Ezequiel: «Me volví después hacia el pórtico exterior del Santuario, que miraba a oriente. Estaba cerrado. Y el Señor me dijo: Este pórtico permanecerá cerrado. No se le abrirá, y nadie pasará por él, porque por él ha pasado el Señor, el Dios de Israel. Quedará, pues, cerrado» (Ez 44,1-2). Dios es coherente en su llamado a María a la virginidad y a la maternidad. Dios la llama a ser Virgen y Madre. Por eso le anuncia que va a concebir **«en el seno»**.

La expresión se repite una segunda vez, cuando Lucas relata el episodio de la imposición del nombre de Jesús. El Ángel le había dicho: «Darás a luz un hijo a quien pondrás el nombre de Jesús». Y después que el Niño nació, a

los ocho días, lo llevaron a circuncidar, como mandaba la Ley. Y entonces María cumplió ese mandato del ángel: «Se le dio el nombre de Jesús, el que le dio el Ángel antes de ser **concebido en el vientre**» (Lc 2,21). Aquí usa un término distinto para designar las entrañas de María, pero la idea de interioridad es la misma: «pro tou sullemphthénai autón en te koilía». Esta es la palabra que usa Isabel cuando saluda a María: «Bendita tú entre las mujeres; y bendito el fruto de tu vientre (Lc 1,42, «eulogeménos ho karpós tes koilías sou»). También esta expresión es incomprendida por el Leccionario español que lee: «Nombre que le había sido dado por el Ángel antes de su concepción» (Solemnidad de la Madre de Dios, 1 enero).

La intención que tiene Lucas al repetir dos veces esta expresión en relación a María queda más en evidencia, al observar que él la reserva a María y no la usa cuando se refiere a otras concepciones normales con fecundación por parte de varón. En estos mismos relatos de la infancia, se habla también de la concepción de Juan el Bautista. El mismo Ángel Gabriel anuncia a Zacarías en el templo: «Isabel, tu mujer, te dará a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Juan...» (Lc 1,13). El evangelista agrega: «Cuando se cumplieron los días de su servicio, Zacarías se fue a su casa. Días después, **Isabel su mujer concibió**; y se mantuvo oculta durante cinco meses» (Lc 1,24-25). Respecto de Isabel no se usa la expresión «concebir en el seno», sino simplemente «concebir», porque es claro que se trata de una concepción normal con intervención de Zacarías. Por eso dice el relato que ocurrió días después que Zacarías bajó a su casa. El ángel Gabriel también informa de esto a María en su anuncio: «Mira, también Isabel, tu pariente, **ha concebido un hijo** en su vejez...» (Lc 1,36). Se trata de una concepción obrada por Dios, en cuanto que Isabel era estéril y anciana; por eso el ángel declara: «Nada es imposible para Dios». Sin embargo, ocurre con intervención de varón. Por eso el Ángel dice simplemente: «Ha concebido un hijo».

La expresión «concebir en el seno» hay que mantenerla. Es un modo discreto y delicado, conforme al estilo y sensibilidad de Lucas, para afirmar que la concepción de Jesús fue sin intervención de varón ni de algo externo.

6. Jesús, Hijo del Altísimo e hijo de David

Ya hemos dicho que el Niño anunciado a María y concebido en ella es «hijo de David» por vía de José. El ángel dijo a María: «El Señor Dios le dará el trono de David, su padre». En ese Niño va a cumplirse lo prometido a David, cuando Dios le mandó decir por medio del profeta Natán: «Afirmaré después de ti la descendencia que saldrá de tus entrañas, y consolidaré el trono de tu realeza para siempre. Yo seré para él padre y él será para mí hijo... No apartaré de él mi amor... Tu casa y tu reino permanecerán para siempre ante mí; tu trono estará firme eternamente» (2Sam 7,4-5a.12.14.15.16). Si es de la descendencia de David, es verdadero hombre, un hombre que está dentro de la historia de Israel y del mundo: Jesús de Nazaret.

Pero lo excepcional de este Niño es que él es el Hijo de Dios, de la misma naturaleza de Dios, más aun, una sola sustancia con Dios, Dios verdadero. Esto es lo que expresa el enviado divino con las palabras: «Será grande y será llamado Hijo del Altísimo... el nacido santo será llamado Hijo de Dios» (Lc 1,32.35). El nombre de una persona en la mentalidad semita expresa su identidad, expresa lo que la persona es. Jesús es llamado Hijo del Altísimo, porque esa es su realidad. Recordemos la importancia que la Biblia atribuye a la pregunta que hace Moisés al que le habla desde la zarza: «¿Cuál es tu nombre?» (cf. Ex 3,13). En realidad, quiere preguntar: ¿Quién eres? Todo ser engendra un hijo de su misma naturaleza; Dios también. El Niño anunciado a María es Hijo de Dios; es, por tanto, de naturaleza divina. Es Dios.

7. Respuesta de María

María entendió lo que el ángel le anunció. Entendió que Dios pedía su consentimiento y respondió: «**He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra**» (Lc 1,38). La respuesta de María significa la entrega de toda su vida al plan de Dios.

Para poder dar esta respuesta ella debía creer que lo anunciado por el ángel se realizaría, es decir, que ella concebiría virginalmente un hijo y que este Niño sería el hijo de David (el Cristo) y el Hijo de Dios. Y ella creyó. Por eso mereció la primera bienaventuranza del Evangelio, la que le dirigió su pariente Isabel: «¡Bienaventurada la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!» (Lc 1,45). Esta

bienaventuranza cobra mayor relieve si se considera que está dicha por Isabel, cuyo esposo Zacarías había quedado mudo por no haber creído a lo anunciado de parte del Señor, según la sentencia del Ángel Gabriel: «Vas a quedar mudo y no podrás hablar, hasta el día en que sucedan estas cosas, porque no creíste a mis palabras, las cuales se cumplirán a su tiempo» (Lc 1,20). María es bienaventurada porque ella sí creyó.

Se hizo en ella lo anunciado y se encarnó en ella el Hijo de Dios, Jesucristo. En esta respuesta María **nos tuvo presentes a todos los hombres y mujeres**, porque gracias a la Encarnación hemos sido salvados. Es el modelo de todas las respuestas que cada uno debe dar al llamado de Dios. Si toda vida es vocación, toda respuesta debe ser como la de María. Se trata siempre de entregar la vida para que los otros se salven. Pero siempre en la certeza de que «el que pierde su vida por mí y por el Evangelio –dice Jesús- la salvará» (Mc 8,35). Esta es la evangelización máxima. Por eso **María es estrella de la evangelización.**

San Bernardo, en su obra «In laudibus Virginis Matris» (Alabanzas a la Virgen Madre) dramatiza este momento diciendo que en el instante que medió entre el anuncio del ángel y la respuesta de María toda la creación retuvo el aliento expectante, como alentando a María a responder, pues de la aceptación de ella dependía su salvación. Una vez pronunciada la respuesta de María, toda creatura ya pudo respirar tranquila pues su salvación ya estaba alcanzada.

8. Vocación de José

Hemos dicho que la más sublime de las vocaciones es la que recibió la Virgen María cuando fue llamada a ser la Madre de Dios. El momento en que ella recibió este llamado y la respuesta que ella dio son transmitidos por el evangelista Lucas en el relato de la Anunciación, como acabamos de ver. Pero la vocación de la Virgen María tiene relación con la de San José, que fue destinado a ser su esposo y el padre de Jesús. Ella pudo realizar su vocación porque José fue fiel a la suya. A continuación, examinaremos la vocación de José.

Para hacerlo tendremos que recurrir al Evangelio de Mateo. Si el Evangelio de Lucas nos transmite la vocación de María, el Evangelio de Mateo, en cambio, nos transmite la vocación de José. En ambos casos se trata de explicar cómo fue el nacimiento en este mundo del Hijo de Dios hecho hombre. Lucas expone el punto de vista de María; Mateo, por su parte, nos entrega el punto de vista de José y desde este ángulo considera los hechos.

Mt 1,20b-21.24

El ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: “José, hijo de David, no temas tomar contigo a María, tu mujer, porque lo engendrado en ella es del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados” ... Despertado José del sueño, hizo como el ángel del Señor le había mandado, y tomó consigo a su mujer.

9. Contexto de esta vocación

El Evangelio de Mateo comienza con estas palabras: «Libro del origen (génesis) de Jesús Cristo, hijo de David, hijo de Abraham». El evangelista usa la misma expresión que usa la versión griega de la Biblia (la LXX) para la creación del cielo y de la tierra: «Este es el libro del origen (génesis) del cielo y de la tierra, cuando fueron hechos (egéneto)» (Gen 2,4). Esta es la frase responsable de que a ese primer libro de la Biblia se le llame «Génesis».

En ese encabezamiento del Evangelio de Mateo, Jesús es definido con tres títulos:

- «hijo de Abraham», que lo comparte con todos los judíos;
- «hijo de David», que corresponde sólo a los de esa familia real;
- «Cristo», Ungido, que pertenece sólo a Él.

Sigue la lista de los antepasados de Jesús con la cual se trata de demostrar que los dos primeros títulos le pertenecen verdaderamente. Pero precisamente de la lectura atenta de esa genealogía surge un problema. En efecto, la genealogía parte de Abraham; de la descendencia de Abraham, nace David; y de la descendencia de David, nace José; pero el paso de José a Jesús no es por generación. No se puede, entonces, decir que sea la «genealogía de Jesús Cristo». Por eso, el evangelista dice más precisamente: «Libro del origen de Jesús Cristo». Lo que es claro es que esa es la genealogía de José y que José es hijo de Abraham e hijo de David.

La genealogía que nos transmite el Evangelio es por vía del padre; en esta genealogía sólo se mencionan cinco mujeres: Tamar, Rajab, Ruth, la mujer de Urías y María, pero no se dice nada del origen de ellas. No es la genealogía de ellas. Se usa una fórmula fija: «Abraham engendró a Isaac; Isaac engendró a Jacob; Jacob engendró a Judas... etc.». Y así siguen tres series de catorce generaciones cada una, como lo dice en la conclusión: «Todas las generaciones fueron: desde Abraham hasta David, catorce generaciones; desde David hasta el exilio de Babilonia, catorce generaciones; desde el exilio de Babilonia hasta Cristo, catorce generaciones» (Mt 1,17). Observamos que esa fórmula: «X engendró a Y», que se repite 39 veces, sufre una interrupción, una especie de disonancia, cuando llega al eslabón final, el de Jesús: «... Matthan engendró a Jacob; Jacob engendró a José, **el esposo de María, de la cual nació Jesús**, el llamado Cristo» (Mt 1,16). Se abstiene cuidadosamente de decir que José engendró a Jesús. Pero, si José no engendró a Jesús, ¿cómo puede decirse que Jesús es hijo de Abraham e hijo de David, si no resulta ser engendrado por José?

Esta es la pregunta a la cual Mateo se propone responder a continuación. ¿Cómo llegó a ser Jesús hijo de José y, por tanto, «hijo de David»?

«La génesis de Jesús Cristo fue así: casada su madre María con José, antes de que ellos vivieran juntos, se encontró encinta por obra del Espíritu Santo» (Mt 1,18).

Es una afirmación escueta en la cual está dicho todo: María está casada con José; todavía él no la lleva a vivir consigo; concibió a Jesús por obra

del Espíritu Santo; en esta concepción no intervino José. El evangelista afirma la concepción virginal aclarando que ésta ocurrió por obra del Espíritu Santo, antes de que los esposos vivieran juntos. Por eso, no se puede decir que José haya engendrado a Jesús. Subsiste el problema: ¿Cómo puede decirse que Jesús sea hijo de David?

El Evangelio dice que la concepción de Jesús ocurrió «antes de que ellos (María y José) vivieran juntos». Pero no nos dice **cuánto tiempo antes**. Si el Evangelio no lo dice es porque lo da por obvio: debió ocurrir en los mismos días en que ellos iban a comenzar a vivir juntos, es decir, poco antes del día dispuesto para que José tomara consigo a su esposa. En efecto, todos los contemporáneos de Jesús pensaban que él era hijo de José. Lo dice claramente Lucas: «Tenía Jesús, al comenzar, unos treinta años, y era, **según se creía, hijo de José...**» (Lc 3,23). Es lo que cree Felipe cuando llama a Natanael: «Aquel de quien escribió Moisés en la Ley, y también los profetas, lo hemos encontrado: **Jesús, el hijo de José, el de Nazaret**» (Jn 1,45). Cuando escuchan decir a Jesús que su origen es celestial todos objetan: «¿No es este **Jesús, hijo de José**, cuyo padre y madre conocemos? ¿Cómo puede decir ahora: "He bajado del cielo"?» (Jn 6,42). Para que, sin necesidad de explicaciones, los mismos vecinos de Jesús pensarán que era «hijo de José», fue necesario que José viviera junto a María los nueve meses del embarazo del cual nació Jesús. De esta manera, nadie podía pensar otra cosa, sino que era hijo de José. Mateo se propone explicar por qué José, que era un hombre justo (honesto), no los saca de ese error. Lo hace explicando cómo llegó a ser Jesús verdaderamente «hijo de José».

Pocos días –uno o dos días– antes de la fecha fijada por José para llevar a su esposa a vivir consigo, él supo que ella estaba encinta. El Evangelio nos relata cuál fue su reacción: «José, su esposo, siendo justo y no queriendo exponerla, decidió dejarla en secreto». Notemos que al definir a José como «justo», el Evangelio considera que la decisión adoptada por él es la correcta: esto es lo que debía hacer en justicia. Hay dos cosas que influyen en su decisión: por ser justo, decide liberar a María de su compromiso matrimonial con él; y, para no exponerla públicamente, decide hacerlo en secreto. Esto es lo que tenía decidido, cuando el Ángel del Señor se le aparece en sueños y le comunica su vocación, a la cual

José responde inmediatamente con total disponibilidad. Una de nuestras premisas es que éstos son relatos de vocación.

10. Decisión de José

Para entender la decisión de José –dejar a María en secreto-- es necesario preguntarse: ¿Cómo supo José que María estaba encinta? La respuesta más obvia, la respuesta natural, es que lo supo de labios de su misma esposa, es decir, de María misma. Y de ella tuvo que saber no sólo que estaba encinta, sino también en qué forma se produjo esa concepción y, sobre todo, ¡quién era el Hijo que ella esperaba! No pudo ser de otra manera. En efecto, si José, por esos mismos días, iba a llevar a su esposa a vivir consigo, no hacerle saber el cambio radical operado en ella habría sido falta de honestidad en María, ¡cosa impensable en ella! Por otro lado, cuando José llevó a su esposa a vivir con él nada externo revelaba que ella estuviera encinta. Como hemos dicho, debió tomarla consigo nueve meses antes del nacimiento de su Hijo.

Podemos suponer que José tenía la vocación a la virginidad, que él quería abrazar la virginidad para dedicarse con corazón indiviso al Señor; y que esta vocación se le había presentado en la forma de un matrimonio con María que, por su parte, tenía la misma vocación. Estaba, entonces, casado con una «**joven virgen**», santa e inmaculada. Pero ahora se le informa que ella es una «**joven madre**», que por obra del Espíritu Santo ha concebido en su seno al Hijo de Dios. Una cosa es ser esposo de una joven virgen y estar a punto de llevarla a vivir consigo para vivir juntos el ideal de virginidad; y otra, totalmente distinta, es ser el esposo de la mujer que ha sido llamada a ser la **Madre de Dios** y pretender introducirse en ese misterio. José no podía tener la presunción de ser el padre de ese Niño, concebido por obra del Espíritu Santo. Nadie le había encomendado tal misión y él, que era justo, estaba lejos de usurparla. No se consideraba digno de ser parte en este misterio: sentía **temor** ante el misterio de Dios.

Podemos encontrar en el Evangelio otros casos semejantes en que se observa esa misma reacción:

- Cuando Isabel saluda a María, que venía a visitarla poco después de su concepción, le dice: «¿Quién soy yo para que la Madre de mi Señor venga a mí?» (Lc 1,43). Ciertamente ser visitada por la Madre del Señor es menos que ser el esposo de la Madre del Señor y el padre de ese Hijo. José debió pensar: ¿Quién soy yo para pretender esto?
- Es la reacción que tuvo Pedro cuando comprendió quién era Jesús, después de la pesca milagrosa: «Al verlo Simón Pedro, cayó a las rodillas de Jesús, diciendo: “Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador”» (Lc 5,8). Pedro se sentía indigno de estar siquiera cerca de Jesús y mucho menos de ser su apóstol. Pero Jesús le responde: «No temas»; y le encomienda su misión: «Desde ahora serás pescador de hombres» (Lc 5,8.10). Esta fue la vocación de Pedro, a la cual él respondió generosamente: «Llevaron a tierra las barcas y, dejándolo todo, lo siguieron» (Lc 5,11).

En el saludo de Isabel a María, ella formula esta bienaventuranza: «**¡Bienaventurada la que ha creído** que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!» (Lc 1,45). María creyó lo anunciado por el Ángel, sobre todo, creyó que el Hijo concebido en ella virginalmente era el Hijo del Altísimo. José merece la misma bienaventuranza, pues también él creyó. También de él debe decirse: «**Bienaventurado el que creyó** que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor». A María le fueron dichas por el Ángel Gabriel; a José le fueron dichas por María. Ambos creyeron que esas cosas se cumplirían. Precisamente, porque José creyó es que decide retirarse y no seguir adelante en el matrimonio con María. Hasta ahora nadie lo ha llamado a ser el padre de ese Niño, que ha sido concebido por obra del Espíritu Santo. **La decisión de José es la de un hombre justo y honesto.**

Podemos hacer una consideración marginal. En el derecho canónico actual, si José hubiera llevado a María a vivir con él, sin saber que ella esperaba un hijo y sin saber qué Hijo era, eso habría hecho inválido el matrimonio, por error de la persona, porque estaría tomando por esposa a una persona distinta que la que es en realidad. José estaría tomando a una joven virgen y en realidad era una joven madre, y ¡Madre de Dios! Por eso María tuvo que poner a su esposo al corriente de lo que le ocurría tan pronto como lo supo ella.

11. La paternidad de José

Hasta aquí hemos explicado la reacción de José ante el anuncio de la concepción de Jesús: él creyó y, como hombre justo que era, decidió retirarse. Y cuando tenía tomada esta decisión, recibe en sueños la palabra del Ángel del Señor, que le comunica su vocación.

«El Ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: “José, **hijo de David**”...». Este modo de llamarlo ya está apuntando a su misión. Si Jesús va a ser llamado «hijo de David» es porque la gente sabía que él era «hijo de José». Está así insinuada la vocación de José que recién en este momento le va a ser comunicada.

Continúa el ángel: «**No temas** tomar contigo a María, tu mujer...». Esta es una traducción literal de la expresión griega: «Me phobethés». El verbo griego deponente «phobéomai» está en modo subjuntivo, igual que en la traducción al castellano. Es el mismo verbo usado por Jesús para tranquilizar a Pedro: «No temas» (aunque aquí el verbo griego está en modo imperativo: «me phobouí», una construcción que en castellano no se puede usar; por eso, en castellano se traduce igualmente por «no temas»); es el mismo verbo que le dice el Ángel Gabriel a María en la Anunciación: «No temas, María...». No hay ninguna posibilidad de traducir de otra manera. La traducción de algunos leccionarios: «**No tengas reparo** en tomar contigo a María...», no tiene base alguna en el texto original y supone ya una interpretación: supone que José, habiendo percibido el embarazo de María y sospechando de ella, **tuviera reparo** en tomarla consigo; de aquí se sigue la idea de que siendo justo tendría que haberla entregado a la lapidación por supuesta infidelidad; pero por misericordia decide hacerlo en secreto, etc. Todo esto es imposible hacerlo concordar con la personalidad de José y menos con la de María.

Lo que José siente es **temor ante el misterio de Dios** que se ha manifestado en María, cosa que él ha conocido por boca de su misma esposa tan pronto como ocurrió. Esta interpretación es la única coherente con la santidad de María, con la de José y con el amor y fidelidad entre estos esposos ejemplares.

«Lo engendrado en ella es del Espíritu Santo». Este es el motivo del temor de José. El ángel no lo está informando sobre algo que José no supiera; le está diciendo que, aunque es cierto que lo engendrado en María es del Espíritu Santo y que es un misterio admirable, él, por ese motivo, no debe temer y debe seguir adelante en su matrimonio con ella y tomarla consigo, como estaba previsto. El Ángel sigue diciendole que el embarazo seguirá su curso normal: «Dará a luz un hijo».

En seguida el Ángel del Señor le comunica a José su vocación: «Tú le pondrás por nombre Jesús». Equivale a decir: «Tú serás el padre del Niño». **Esta es la vocación de José.** En este momento Dios le está comunicando su vocación por primera vez. José no debe temer asumir esta misión, porque siendo Dios quien se la encomienda y no él quien se la arroga, contará con la gracia necesaria para ejercerla. El ángel no le impone nada sin explicación. Por eso le explica la razón de ese nombre: «Le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados». El nombre Jesús significa: «Yahveh salva». La salvación del pecado, que es una ofensa de gravedad infinita (la gravedad se mide por la dignidad del ofendido: Dios), puede ser obra sólo de un hombre que es también de dignidad infinita, es decir, que es verdadero Dios. De esta manera, indicando la misión del que va a nacer de María –salvar del pecado–, el Ángel sugiere a José la identidad del mismo: es verdadero Dios y verdadero hombre.

José comprende la inmensidad de la misión que se le encomienda: ser esposo de María, la Madre del Señor, y padre de ese Niño. Es lo que él temía por considerarse absolutamente indigno; pero ahora, que ha sido llamado por Dios a esa misión, confía en la gracia de Dios y responde inmediatamente a su vocación: «Despertado José del sueño, hizo como el Ángel del Señor le había mandado, y tomó consigo a su mujer».

Recapitulando lo dicho ofreceremos una traducción del texto que, aunque parece forzar la gramática es, sin embargo, posible:

José, hijo de David, no temas tomar contigo a María, tu esposa, pues, aunque lo que ha sido engendrado en ella venga del Espíritu Santo, y ella dará a luz un hijo, serás tú

quien le pondrá por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados (Mt 1,20-21).

Esta traducción era propuesta ya por el conocido biblista Xavier Léon-Dufour en el año 1957 (“L’annonce á Joseph” en Mélanges A. Robert, Paris, 1957, p. 390-397). La vuelve a proponer con más argumentos A. Pelletier en el año 1966 (“L’annonce à Joseph” en Recherches de Sciences religieuses, 54 (1966) 67-68) y es retomada por el mariólogo René Laurentin en su libro: “Les Évangiles de l’Enfance du Christ” (Paris 1982):

12. El problema gramatical

Las palabras del Ángel: «Lo engendrado en ella viene del Espíritu Santo...», se introducen con la partícula griega «gar» y ésta generalmente tiene sentido causal y explicativo. Según la interpretación generalizada, en este caso, ante la perplejidad de José que ve a su esposa encinta, el ángel estaría formulando la causa del embarazo de María: «viene del Espíritu Santo».

Pero hay que notar que aquí la partícula «gar» no está sola sino en correlación con la partícula griega «de». En la correlación «gar... de», la partícula adquiere un sentido diverso. En esta construcción la frase introducida por «gar» expresa un obstáculo que es superado por la frase introducida por «de», que entonces es enfática. En este caso el obstáculo que ve José es reconocido por el Ángel: «Aunque lo engendrado en ella venga del Espíritu Santo»; pero lo remueve afirmando: «Ella dará a luz un hijo y serás tú quien le pondrá por nombre Jesús». Dicho más brevemente: «Aunque lo engendrado en ella venga del Espíritu Santo, serás tú el padre del Niño que dará a luz». Es el relato de una vocación; es la explicación de cómo puede decirse que ese niño es «hijo de José» y, por tanto, «hijo de David».

Este caso del uso de las partículas «gar... de» no es único en Mateo. Veremos otro caso semejante. Se trata de la parábola del banquete nupcial (Mt 22,2-14). En esa historia, que propone Jesús para comparar

con ella el Reino de los cielos, el rey, después de haber sido rechazado por los primeros invitados, dice a sus siervos: «Vayan a los cruces de los caminos y a cuantos encuentren invitenlos a la boda» (Mt 22,9). La sala de bodas se llenó de comensales. Pero el rey vio a un invitado sin el traje de boda y lo hizo arrojar fuera. Esta es la parábola. Al leerla todos quedamos un poco perplejos. Hay una cierta incoherencia entre la apertura de la invitación y la restricción final. El obstáculo, que nos impide entender el desenlace final es la orden del rey: «Invitenlos a todos». Por eso viene la explicación: «Aunque (gar) muchos son los llamados, pocos (de) son los escogidos» (Mt 22,14: «pollói **gar** eisin kletói, olígoi **de** eklektói»). En esta frase no se nos está informando que son muchos los invitados; eso ya lo sabemos y en eso consiste nuestro obstáculo. Ese obstáculo se reconoce, pero se remueve con la afirmación enfática final: son pocos los escogidos.

Podrían citarse otros casos en que esta traducción es posible. Pero baste con éste.

13. Verificación de esta interpretación

Nos preguntamos: ¿Por qué este modo de entender la anunciación a José apareció tan tarde en la exégesis bíblica?

La interpretación que ve a José presa de la sospecha al constatar que el vientre de María se abulta por el hijo que espera ha dominado la exégesis desde Justino, Ambrosio, Agustín y Juan Crisóstomo. Pero ciertamente ha sido la enorme influencia de San Agustín la responsable de que esta comprensión del texto evangélico se haya popularizado y sea la que hasta hoy domine en las traducciones y en la mente de los fieles cristianos.

Leamos la interpretación de San Agustín. En su Sermón 343 sobre «**Susana y José**», compara a Susana, injustamente acusada de adulterio, con María, injustamente sospechada de ese mismo pecado:

«El mismo que liberó a Susana, mujer casta, esposa fiel, del falso testimonio de los ancianos, liberó también a la Virgen

María de la **falsa sospecha de su esposo**. Esta virgen, a la cual ningún varón se había acercado, se encontró encinta. Su vientre se había **abultado** a causa del hijo concebido, pero la integridad virginal había permanecido. Había concebido por la fe al Sembrador de la fe. Había asumido en su cuerpo al Señor, quien no había permitido que ese cuerpo fuera violado. **Pero a su esposo, como habría ocurrido a cualquier hombre, le vino la sospecha**. Creía que fuese de otro, lo que sabía no ser de él, y **sospechaba un adulterio** con ese otro. Pero fue corregido por el ángel. ¿Por qué fue digno de ser corregido por un ángel? Porque no había en él una sospecha malévolas, como aquellas a las que se refiere el Apóstol cuando dice que nacen sospechas malévolas entre los hermanos (cf. 1Tim 6,4). Son malévolas las sospechas de los que calumnian; son benévolas las sospechas de los que gobiernan. Es lícito sospechar algún mal del propio hijo; pero no es lícito calumniar al hijo. Lo sospechas malo, pero deseas encontrarlo bueno. Quien sospecha benévolamente desea ser desmentido. Entonces **se alegra mucho**, cuando se demuestra falso el mal que sospechaba. Esta era la situación de José respecto a su esposa; no se había unido con ella físicamente, pero ya se había ligado con ella en la fidelidad. **Fue entonces la Virgen objeto de una falsa sospecha**. Pero, así como en favor de Susana el Espíritu se hizo presente en Daniel, así en favor de María el ángel se hizo presente a José: “No temas recibir a María como tu esposa. Pues lo que de ella nace es obra del Espíritu Santo” (cf. Mt 1,18-20). La sospecha ha sido quitada, porque la redención ha sido obrada» (Sermón 343, n. 3).

Esta interpretación goza del favor popular, porque introduce un gran dramatismo y porque despierta una espontánea identificación del lector con la Virgen María al verla víctima inocente de sospecha de parte de su esposo y en peligro de ser condenada a la lapidación. Pero no hace justicia a José. En esta interpretación José sería «justo» porque obedece a la ley. El caso que se perfila está codificado en Deut 22,23-25:

«Si una joven virgen está prometida a un hombre, y otro hombre la encuentra en la ciudad y se acuesta con ella, los sacarán a

los dos a la puerta de esa ciudad y los apedrearán hasta que mueran: a la joven por no haber pedido socorro en la ciudad, y al hombre por haber violado a la mujer de su prójimo. Así harás desaparecer el mal de en medio de ti» (Deut 22,23-24).

Esta es la interpretación de San Agustín. La Virgen María sería condenada a la misma pena que estaban a punto de infligir a Susana. Dos motivos hay para rechazar la interpretación de San Agustín y adoptar la interpretación que hemos expuesto.

En primer lugar, los tiempos. Según la interpretación de San Agustín, José percibió que María estaba encinta porque ya su vientre abultaba y no se podía disimular. Pero, en ese momento, aún no la llevaba vivir con él. La tomó consigo después de la supuesta «corrección» del ángel que se le apareció en sueños: «Despertado José del sueño, hizo como el ángel del Señor le había mandado, y tomó consigo a su mujer» (Mt 1,24). En este momento la Virgen habría tenido ya algunos meses de embarazo. Si sólo ahora la llevaba a vivir con él, no habrían vivido juntos los nueve meses del embarazo y en un ambiente tan restringido y pueblerino como el del Nazaret de esa época habrían sido objeto de maledicencia. Nada de esto hay en el Evangelio. Dios no podía permitir la maledicencia respecto de su Madre.

Por otro lado, conscientes de estarnos pasando a otro relato independiente, vemos que, en el Evangelio de Lucas, cuando María visita a Isabel, ésta ya sabe que María espera un hijo y también de qué Hijo se trata: «Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno; y ¿de dónde a mí que venga a verme la Madre de mi Señor?» (Lc 1,42-43). Esto ocurrió los primeros días del embarazo, porque María se puso en camino de prisa a visitar a Isabel inmediatamente después de la Anunciación. Sería extraño que en ese momento Isabel ya supiera que María es la Madre del Señor y José, su esposo, estuviera ignorante de este hecho. Por otro lado, en el relato de Lucas, José ciertamente acompañó a su esposa a visitar a Isabel.

Una segunda observación se refiere a la reacción de José a la supuesta «corrección» del ángel. En la hipótesis de que José estuviera sospechando a María de adulterio y considerandola rea de lapidación,

según la ley, una vez que el ángel le informa de que ella es inocente porque su hijo es obra del Espíritu Santo, la lógica del relato exige que José reaccione con alguna expresión de alegría, de alabanza, de exultación, de alivio, por mínima que sea. De lo contrario, revelaría una insensibilidad casi inhumana. Pues bien, en el relato evangélico José no tiene ninguna expresión de alivio. Simplemente obedece lo que el ángel le mandó: «Despertado del sueño, hizo como le mandó el ángel del Señor y tomó consigo a su esposa». El mismo San Agustín reconoce: «Quien sospecha benévolamente desea ser desmentido. Entonces se alegra mucho, cuando se demuestra falso el mal que sospechaba. Esta era la situación de José respecto a su esposa». Pero no es la reacción de José en el Evangelio.

También el himno Akáthistos, haciéndose eco de la interpretación popular, siente la necesidad de completar en este punto el relato evangélico poniendo en boca de José una exclamación de júbilo:

«Teniendo en su interior una tormenta de
pensamientos opuestos, el sabio José se turbó:
te contemplaba antes virgen
y ahora te sospecha secretamente unida a otro, ¡oh Inmaculada!
Pero, habiendo sabido que tu concepción
era obra del Espíritu Santo, exclamó:
¡Alleluia!»

En el texto evangélico, despertado del sueño, José no tiene ninguna expresión de alegría ni de alivio a una supuesta «interior tormenta». Debemos concluir entonces, que este no es un relato de «corrección» o de anuncio del Ángel de algo que José no supiera ya, sino que es el relato de la vocación de José. El ángel supone que José ya sabe el origen del hijo que espera María; por eso, le dice que no tema y le comunica su vocación de ser el padre de ese Niño y de ser el esposo, no sólo de una virgen, sino de la Madre de Dios. Esto es lo que José obedece prontamente al despertar el sueño. Es como decir: «He aquí el esclavo del Señor».

Antes de recibir esta vocación, José «siendo justo y no queriendo exponerla decidió dejarla en secreto». La justicia de José consiste en no

querer apropiarse de un hijo que viene de Dios y que no es suyo. José es justo porque respeta el plan de Dios y lo protege con el secreto. José es justo porque obra movido por el temor de Dios: no se siente digno de tomar como esposa a una mujer que Dios ha hecho suya e introducido en su órbita sagrada.

Se abre en nuestra mente un problema: al decidir dejarla sola con su embarazo, ¿no exponía José a la Virgen? ¿Cómo iba a explicar su concepción? En realidad, sabiendo que esto respondía al plan de Dios, José no duda de que Dios es poderoso para llevar adelante su plan removiendo todo obstáculo. Y Dios lo hizo. Lo hizo precisamente llamándolo a él a ser el padre del Niño. Pero esto es lo que José no podía presumir.

14. José verdadero padre de Jesús

El texto que hemos comentado nos explica en qué forma José, no habiendo engendrado a Jesús, puede ser llamado verdadero padre de Jesús. Esta fue su vocación. Asumiendo José esta vocación, Jesús puede ser llamado con los títulos «hijo de Abraham» e «hijo de David», que, según las promesas, corresponden al Cristo. En efecto, Dios había prometido a David: «Afirmaré después de ti la descendencia que saldrá de tus entrañas... y consolidaré el trono de tu realeza para siempre. Yo seré para él padre y él será para mí hijo...» (2Sam 7,12.13.14). El Evangelio quiere demostrar que Jesús es quien da cumplimiento a esta profecía.

Ningún ser humano, afecto del pecado original, ha recibido una vocación más sublime que la de José. El Prefacio de la Misa en su honor, dirigiéndose a Dios, dice: «Él es el hombre justo que diste por esposo a la Virgen Madre de Dios; el servidor fiel y prudente que pusiste al frente de tu familia para que, haciendo las veces de padre, cuidara a tu único Hijo, concebido por obra del Espíritu Santo, Jesucristo, Señor nuestro». José aceptó su misión con humildad. En el resto del Evangelio de la infancia de Mateo se repite varias veces: «Tomó al Niño y a su madre y se retiró a Egipto... tomó consigo al Niño y a su madre y entró en tierra de Israel».

Fue él quien tomó la decisión de establecerse en Nazaret: «Fue a vivir a una ciudad llamada Nazaret» (Mt 2,14.21.23). José actúa como padre verdadero y jefe de esa familia.

Según nuestra mentalidad moderna, todos pensamos que para llamar a José padre de Jesús hay que hacer una restricción mental. Para nosotros la paternidad es una cuestión biológica y, no dándose ésta entre José y Jesús, preferimos decir que José es el padre «adoptivo» de Jesús. También debemos hacer una restricción mental para decir que Jesús es «hijo de David».

En realidad, nuestra visión es reductiva. Todo hijo que es engendrado en este mundo es un don de Dios. La creación de un ser humano es obra exclusiva de Dios, y en este acto creador Dios no admite la colaboración de ningún ser creado. Pero Dios entrega cada hijo como un don a los padres, y lo hace por la vía natural de la unión de un hombre y una mujer. Por eso toda paternidad viene de Dios y Dios quiere que este don inmenso –el hijo– sea acogido por un hombre y una mujer indisolublemente unidos en matrimonio. El oscurecimiento de esta verdad está en el origen de los atropellos a la vida naciente que se comenten en nuestro tiempo.

En el caso de José, Dios no le entregó a su hijo Jesús por la vía natural indirecta de la generación por unión sexual, sino por una medio mucho más directo, claro y explícito: se lo entregó como hijo por medio de su Palabra, que le fue transmitida por boca del ángel que le fue enviado. Es un modo mucho más noble de hacerlo padre.

Por otro lado, José no es un padre «adoptivo» de Jesús. Es padre de Jesús a secas. Un padre adoptivo es el que adopta a un niño que ya tiene su propio padre, el cual no cumple con su misión, por el motivo que sea: muerte o abandono o incapacidad. Jesús, en cambio, no tiene otro padre en esta tierra y, por tanto, José no está sustituyendo a otro. En esta tierra él es el único padre de Jesús, es más padre de Jesús de lo que los padres biológicos son padres de sus respectivos hijos. **Por eso, José no incurre en deshonestidad cuando acepta que Jesús sea llamado: «Hijo de José». Es verdaderamente su padre.**

Conclusión

El Evangelio de Marcos fue escrito en un momento en que la comunidad cristiana estaba absorta en el misterio de la Pascua del Señor. Ese Evangelio se centra en el ministerio público de Jesús y culmina con el relato de su pasión, muerte y resurrección. Cuando Jesús hace su primera aparición ya es adulto: «Y sucedió que por aquellos días vino Jesús desde Nazaret de Galilea, y fue bautizado por Juan en el Jordán» (Mc 1,9). Sin embargo, este Evangelio nos dice que Jesús tiene una madre y que ella se llama María. En una ocasión en que Jesús estaba enseñando rodeado de mucha gente le vienen decir: «¡Oye!, tu madre, tus hermanos y tus hermanas están fuera y te buscan» (Mc 3,32). Y cuando Jesús vuelve a Nazaret y enseña en la sinagoga, todos se preguntan: «¿No es éste el carpintero, el hijo de María...?» (Mc 6,3). La gente sabe que él es el «hijo de David» como lo llama el ciego de Jericó: «¡Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí!» (Mc 10,47).

En esta misma etapa de fascinación por el misterio se encuentra San Pablo, recién conquistado por Cristo: «Lo que era para mí ganancia, lo he juzgado una pérdida a causa de Cristo. Y más aun: juzgo que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor» (Fil 3,7-8). Pero él también sabe que Jesús tuvo una madre: «Cuando llegó la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer» (Gal 4,4). San Pablo sabe también que Jesús es el Mesías prometido y, por tanto, hijo de David. Su misión de apóstol consiste en anunciar a Cristo Jesús, «nacido del linaje de David, según la carne, constituido Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad...» (Rom 1,3-4).

Pronto la comunidad cristiana sintió la necesidad de saber en qué forma llegó a ser «nacido de mujer» y así entró la consideración de su Encarnación en el seno purísimo de la Virgen María; y en qué forma llegó a ser el Mesías prometido como «hijo de David», y entró la consideración de la paternidad de San José. Esto es lo que anuncian los Evangelios de la infancia de Lucas y Mateo, como hemos tratado de explicar en esta exposición. En esos relatos resulta claro lo que dice el Santo Padre en su carta apostólica «Rosarium Virginis Mariae»:

«La primera parte del Ave María, tomada de las palabras dirigidas a María por el ángel Gabriel y por santa Isabel, es contemplación adorante del misterio que se realiza en la Virgen de Nazaret. Expresan, por así decir, la admiración del cielo y de la tierra y, en cierto sentido, dejan entrever la complacencia de Dios mismo al ver su obra maestra: la Encarnación del Hijo en el seno virginal de María... Repetir en el Rosario el Ave María nos acerca a la complacencia de Dios: es júbilo, asombro, reconocimiento del milagro más grande de la historia. Es el cumplimiento de la profecía de María: “Desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada” (Lc 1, 48)» (RVM 33).

La Encarnación del Hijo de Dios es un misterio inefable que más debemos contemplar y amar que entender. En esta exposición hemos tratado de contemplar el rol esencial que tuvo en él una mujer, a la cual todo el género humano debe su salvación. Toda mujer debe encontrar en ella inspiración, en modo particular en su vida pública. Queremos concluir con unas palabras del himno Akáthistos dirigidas a la Virgen María:

«Salve, tú que misteriosamente engendraste la luz;
salve, tú que a nadie enseñaste el cómo.
Salve, tú que superas la ciencia de los sabios;
salve, tú que iluminas las mentes de los fieles.
¡Salve, Virgen y Esposa!».